

la, son, con sus catedrales, palacios, colegios, hospitales, seminarios y universidades, lenguas eternas que publican las maravillas creadas por el espíritu cristiano de esos príncipes de la Iglesia: Roma, Milan, Venecia, Colonia, París, Strasburgo y otras infinitas, con sus moles inmensas de pórfidos, mármoles, pinturas, estatuas y relieves, presentan á la vista del viajero asombrado los prodigios de su protector entusiasmo por las artes, de su encendida pasión por la belleza plástica, de su vivísimo amor por la positiva cultura de los pueblos y naciones. Sembrada está la Europa de colosales monumentos levantados por la ilustración de esos grandes dignatarios del civilizador catolicismo. El Cardenal Mendoza, noble por su cuna, señor por su familia, caritativo por su virtud cristiana, espléndido por naturaleza y educación, sabio por su talento, soldado por su feudal origen, dejó también en los pueblos donde ejerció su espiritual jurisdicción, memorias piadosas de su compasivo corazón. El colegio de Santa Cruz de Valladolid, fecundo seminario de Obispos y letrados; el hospital del mismo nombre en Toledo y otras muchas obras de misericordia que hizo á sus diocesanos y feudatarios, testimonio fueron de su espontáneo amor al saber y de su entrañable caridad hacia el pobre y desvalido. ¿Veis allá el asilo de huérfanos erigido en Valladolid á favor del desgraciado y del que gime bajo el peso del infortunio? pues, ese asilo, ese lugar de reposo y dulce consuelo, es hechura santa del Gran Cardenal. ¿Contempláis aquí concluida ya la portentosa catedral de Toledo? pues en ella admirareis igualmente la pródiga mano del Gran Cardenal. ¿Observáis en todas partes al magnate derramando beneficios, al prócer enjugando lágrimas y vertiendo tesoros de bondad por dó vá? pues ese prócer generoso, ese magnate caritativo, es el Gran Cardenal.

Guadalajara conserva asimismo indelebles recuerdos de su largueza y venerable piedad. El socorro de sus pobres y desgraciados diocesanos estuvo fijo en su mente como natural manifestación de su ilustrado y virtuoso carácter. Y no podía suceder otra cosa, teniendo en cuenta que Guadalajara fué la casa solariega de los altos y poderosos Sres. Hurtados y Gonzalez de Mendoza. Capitanes esforzados salieron de esa ilustrísima Casa. Préz de la misma fueron los Infijos, Diegos, Haros, Tendillas, Santillanas é Infantados. Timbre refulgente de su excelso escudo, fué el Gran Cardenal Mendoza. Los pueblos que engendran héroes en virtud, armas y letras, como el Consejero de Isabel, no pueden perecer; su inmortalidad la llevan y transmiten con la inmortalidad de sus célebres personajes. Decaen alguna vez: oscurecen la majestad de sus limpios blasones por algún tiempo, pero su veneranda tradición, sus inmaculados timbres, vuelven otro

día á darles nuevo brillo, nueva vida, nuevos bellísimos esplendores. La Iglesia, las armas y las letras, fraternizaron siempre cordialmente en Guadalajara en sus más preclaros hijos. La morada de los Mendoza é Infantados fué nuestra ciudad; en ella también nació, vivió y murió el Gran Cardenal. Por uno de esos secretos designios de la Providencia, nuestro Arzobispo ha venido á ocupar esa misma morada. Y es que Guadalajara, señores, no quiere olvidar sus pasadas grandezas; no quiere perder el valioso legado que recibió de sus nobles ascendientes. La civilización, en su progresiva marcha, solemniza al presente con respetuosa gratitud las revelantes cualidades dignas de loa que un día adornaron á los iniciadores y propagadores de aquella en lo pasado. El genio, la virtud, el heroísmo, honrados son en todos tiempos por las generaciones sucesivas, y el fuego sagrado que en sí encierran las singulares dotes que subliman la humanidad, obliga á los pueblos á ser siempre grandes, siquiera en ocasiones y períodos tristes aparezcan pequeños y abatidos. Guadalajara, al recuerdo del Gran Cardenal, intenta salir hoy de su pobre apática existencia, y desear resucitar, con la estela luminosa de ese noble recuerdo, de su galvánica postración. Señores: Político consumado el Gran Cardenal; prelado augusto, campeón esforzado, consejero sagaz y prudente, varón insigne en letras, gobernador justiciero y elemento, su nombre fué colocado cual *Triada* régia al lado de los magnánimos monarcas Fernando é Isabel. Tercer Rey de Castilla, según Angleria, cubrió su púrpura Cardenalicia con el título de Grande, y su histórica figura destaca en nuestra patria hispana como astro clarísimo del siglo XV. Honor, pues, á ese esclarecido hijo de Guadalajara. Saludémosle hoy con respetuosa veneración y regocijo. Conmemoremos esta noche el 3 de Mayo de 1428, día en que nació el Cardenal Mendoza. Sintamos con honda pena el 11 de Enero de 1495, día en que murió. Alentémonos, empero, con la cristiana esperanza de que sus muchos merecimientos le habrán alcanzado la eterna bienandanza. Celebremos todos los años esta fiesta literaria en loor suyo, y Guadalajara, humilde en la actualidad por las vicisitudes de los tiempos y las cosas, sabrá elevarse hasta la altura gloriosa que tuvo en el siglo XV; hasta la grandeza del Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, honra, timbre y prez de nuestra ciudad, en la cual nació y murió, y de nuestra católica España, á la cual ilustró con sus inmortales obras y virtudes.—He dicho.